

place en acomodarse á todas las inteligencias, no se desdén de hablar con lenguaje que comprendan los mas rudos é ignorantes. No busqueis pues si el órgano está muy desarrollado, si será capaz de recibir estas ó aquellas impresiones; recordad que el Todopoderoso sabrá *suscitar de las mismas piedras hijos de Abrahan*; no digais: «el alimento es demasiado fuerte, esos hombres no podrán digerirlo.» Dios hará que el pan de los adultos sea leche para los niños. — J. B.

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA SEXTA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mi apreciado amigo: si no* tuviera otras pruebas de la verdad que se encierra en aquella doctrina de los católicos, de que la *fe es un don de Dios*, no me inclinaria poco á tenerla por cierta la experiencia de lo que he visto en V. y otros que han tenido la desgracia de apartarse de la fe de sus mayores. Disputan, escuchan, al parecer con docilidad, hacen concebir las mayores esperanzas de que van á rendirse á la evidencia de los argumentos con que se los apremia, pero al fin salen con un frio *qué sé yo*, que hiela la sangre, y disipa de un golpe todas las ilusiones del fiel que estaba anhelando el momento de ver entrar en el redil la oveja extraviada. Así lo hace V. en su última: nada tiene que objetarme á lo que he dicho sobre la *Sangre de los Mártires*, confiesa que ninguna religion puede presentar un argumento semejante, manifiéstase satisfecho del contenido de mis anteriores con respecto á los varios puntos que formaban el objeto de sus dudas; y cuando me saltaba el corazón de alegría pensando que iba V. á decidirse, no

diré á entrar de nuevo en el número de los creyentes, pero sí á engolfarse mas y mas en la discusion con el deseo de hallar definitivamente la verdad, me encuentro con la desolante cláusula que me ha llenado de una profunda tristeza. «¿Qué nos sabemos nosotros, dice con un abatimiento que me penetra el corazón, qué nos sabemos nosotros? ¡El hombre es tan poca cosa!.... volvemos la vista en rededor y no vemos mas que tinieblas. ¿Quién sabe dónde está la verdad? ¿quién sabe lo que será con el tiempo de esa fe, de esa Iglesia que V. cree que ha de durar hasta la consumacion de los siglos? Yo no desprecio la religion, veo que el Catolicismo es un hecho tan grande que no acierto á explicarle por causas ordinarias; V. apela á la historia, V. me apremia á que le cite algo de semejante; ya le he dicho otras veces que no me agrada atrincherarme en impotentes negativas, que no me gusta resistirme á la evidencia de los hechos; pero ¿qué quiere V. que le diga? *no puedo creer*. Estoy contemplando la sociedad actual, y me parece que su inquietud está dando indicios de que el mundo se halla en vísperas de acontecimientos colosales; con una revolucion intelectual y moral debe inaugurarse indudablemente la nueva era, y entonces quizás se aclare un tanto ese negro horizonte donde nada se descubre sino error é incertidumbre. Dejemos que trascurra esa época de transicion, que tal vez nuevos tiempos nos descifrarán el enigma.»

En medio de mi afliccion, no crea V., mi estimado amigo, que yo extrañe semejante lenguaje; no es V. el primero de quien lo he oido; pero permítame cuando menos que le haga advertir, que con sus palabras á nada responde, nada prueba, nada afirma, nada niega; no hace mas que desahogarse estérilmente pintando con pocas palabras el verdadero estado de su espíritu. Tiene á la vista la verdad y no se siente con fuerza para abrazarla; se abalanza hácia ella un momento, y luego dejándose caer desfallecido, dice «*no puedo*.» Entonces habla V. de ese porvenir de que V. mismo se reía en una de sus anteriores,

habla de esa *transicion* que no sabe en qué consiste; duda, fluctua, aguarda para mas allá el resolverse, lo aplaza para los tiempos futuros, para esos tiempos ¡ay! en que V. habrá ya dejado de existir!... ¡Triste consuelo! ¡Engañosa esperanza!

Pero si V. desfallece, mi querido amigo, no debo yo desfallecer; Dios ha comenzado la obra, él la acabará; yo tengo un dulce presentimiento de que V. no morirá en brazos del escepticismo. V. dice que desea de corazon encontrar la verdad; persevera V. en su propósito; yo confío que no dejará de mostrársela el que vertió su sangre por V. en la cima del Calvario.

Bien se deja conocer que no estará V. muy dispuesto para recibir una contestacion que verse principalmente sobre asuntos puramente religiosos; el escepticismo del siglo ha vuelto á ejercer su ascendiente sobre V. de una manera lastimosa, y saliendo de golpe del terreno de la discusion se ha echado á divagar por las regiones del *socialismo* y del *porvenir*, hablándome de *transiciones*, de época *critica*, y de no sé cuántas cosas por este tenor. Dicho le tengo que le seguiré por donde á V. le pluguiere; si hoy no le gusta que tratemos de dogmas, los dejaremos á un lado; y toda vez que me habla de *transicion*, de *transicion* le hablaré yo.

Dijele á V. en una de mis anteriores que no creia característico de nuestra época la *transicion*, y que esta habia sido comun á todos los siglos; por lo que no puedo convenir en que bajo este concepto se verifique ahora algo que con mas ó menos semejanza no se haya verificado siempre. Pero cuando esto afirmo, hablo principalmente de los pueblos que se mueven en uno ú otro sentido, nó de aquellos que helados en medio de su carrera, permanecen fijos como estatuas al través de la corriente de los siglos. Si á estos exceptuamos, y dirigimos á los demás nuestras miradas, veremos en primer lugar, que los griegos y romanos vivieron en perpetua *transicion*. Nada tiene que ver el siglo de Dracon con el de Solon, ni el de este con el de Alci-

bíades; y ni á uno ni otro se parecen el de Alejandro y el de Demetrio. Y sin embargo estos siglos estaban muy cercanos unos de otros, lo que nos indica que la sociedad griega *pasaba* incesantemente de un estado á otro muy diferente. No es muy largo el espacio trascendido entre Bruto que arrojó á Tarquino y Bruto matador de César; pero véase cuántas y cuán variadas fases presenta el estado social y político de los romanos. Observaciones análogas podrian hacerse con respecto á otros pueblos antiguos; y aun por lo tocante á los que llamamos inmóviles, es menester no olvidar, que nos son poco conocidos, que su historia íntima, la que nos retrataria sus ideas religiosas, sus costumbres domésticas, su organizacion social, su legislacion, ha quedado en la mayor parte oculta á nuestros ojos, sepultada en los escombros de los tiempos, sin que hayamos adquirido apenas otras noticias que las trasmitidas por historiadores extranjeros, que nunca pudieron tener del verdadero estado de aquellos pueblos, mas que un conocimiento muy superficial y ligero. La ciencia moderna se esfuerza en suplir este defecto, pero ¿cuán difícil no es acertar en la verdad, á tanta distancia de épocas, en lenguas tan poco parecidas, en ideas y costumbres tan desemejantes? Como quiera, todavía puede afirmarse que dichos pueblos han estado muy distantes de hallarse en completa inmovilidad; y que además de lo que sobre los mismos nos manifiestan las escasas noticias que de ellos poseemos, la simple reflexion sobre la naturaleza de las cosas es bastante para inducirnos á conjeturar que los cambios y modificaciones han sido en mayor número de lo que sabemos, y de mayor importancia de la que nosotros calculamos; y que por tanto se ha verificado tambien entre los mismos el hallarse á menudo en estado de *transicion*.

Pero dejando los pueblos antiguos ó poco conocidos, y pasando á los modernos á contar desde la aparicion del cristianismo, salta á los ojos el cambio y las modificaciones que incesantemente han experimentado; sin que sea

dable pronosticar ninguna mudanza á la sociedad actual, que no se haya realizado equivalente ó mayor en las anteriores. Aun cuando diéramos por supuesto que se han de cumplir las mas exageradas predicciones de algunos socialistas, y poner en ejecucion los planes que nos parecen mas descabellados, no fuera mas diferente del actual el estado social nuevo, del que lo son los varios por donde han pasado los pueblos cristianos.

Si los hombres que vivian cuando la esclavitud era general, y se la consideraba como una condicion indispensable en toda sociedad bien organizada, hubiesen oido hablar de un estado semejante al que disfrutaban los pueblos europeos, no habrian acertado á concebir ni cómo podia mantenerse el órden público, ni distribuirse el trabajo, ni proporcionarse comodidades y placeres á las clases ricas; en una palabra, creyeran imposible que sociedades tan numerosas pudiesen subsistir faltándoles esa base, para ellos tan necesaria é imprescindible. Decid á un señor feudal encastillado en su fortaleza, que vendrá un día en que todos sus títulos serán menospreciados, en que su nombre y el de todos los de su clase caerá en olvido, en que sus descendientes andarán confundidos en medio de los descendientes de esos vasallos pobres y desvalidos que mira con orgulloso desden, sumisos y humillados al pié de sus almenas; decidle que ese mismo pueblo se levantará contra él, y peleará por largo tiempo, triunfará, y llegará á ser rico, poderoso, influyente, eclipsando todo el esplendor de sus señores, y llenando el mundo con la fama de sus hechos; decidsele, y os escuchará con asombro, y se imaginará que le referís cuentos de hadas, y que no le habláis de veras, ó que no estais en sano juicio. ¿Qué mas? No es necesario que las metamorfosis sociales las tomeis tan de léjos para que parezcan increíbles; á esos nobles del tiempo de Cárlos V y de Francisco I, á esos descendientes de los antiguos señores, que van trocando ya la independenciam de sus antepasados en heroica fidelidad á sus reyes, que se van trasladando de los campos á

las capitales, y caminan rápidamente á pasar de guerreros á cortesanos, anunciadles que dentro tres siglos no serán ellos los que ocupen los altos puestos del Estado, los que guien los ejércitos á la victoria, los que ejerzan las funciones de la magistratura, y que su voto en los grandes negocios no será considerado como de mas valer que el de los descendientes de esos plebeyos que riegan con su sudor las tierras, que ejercen los oficios humildes, y que reunidos en modestos gremios, parecen contentarse con la posicion social que les ha cabido despues de las guerras de sus antepasados los Comunes; y bien puede asegurarse que esos nobles no os comprenderán, que no creerán nada de cuando les pronosticais; y por mas que os esforceis en mostrarles las señales que ya bien claras se divisan nó en mucha lontananza, pensarán que tomáis por una realidad las ilusiones de vuestra fantasía.

Trasladaos á la Europa de los siglos xi y xii, á la Europa de Suger y de san Bernardo, y anunciad á los hombres de aquella época, que los ricos monasterios, las opulentas abadías que compiten en esplendor y magnificencia con los castillos de los señores feudales, desaparecerán con el tiempo, y que en épocas no muy remotas no quedarán de ellos mas que algunas ruinas, objeto de la curiosidad de los arqueólogos; que ese clero cuya influencia en todos los negocios es inmensa, y cuyo poder y riquezas no ceden á los de otra clase cualquiera, se verá limitado al recinto de los templos, despojado de sus privilegios, privado de sus bienes, escatimados sus derechos á la enseñanza, considerado el ministro de la religion en la categoría del mas humilde ciudadano, si es que todavía no se le rebaja de este nivel, negándole lo que á todos se concede; anunciadles, repito, esa mudanza, y vereis como la dan por imposible, como no conciben su realizacion á no ser suponiendo que la invasion sarracena ha conseguido sojuzgar el poder cristiano, ó que nuevas hordas de pueblos desconocidos se han derramado por la Europa y cambiado su faz. No alcanzarán á concebir que sin irrupciones de pue-

blos bárbaros, sin conquista de sarracenos, antes bien después de su completa derrota, se llegase por el simple curso de las ideas y de los acontecimientos, á producir cambios tan profundos en la sociedad.

Todas las revoluciones que pueden sobrevenir, al fin no podrán llevar á otro resultado que á alterar la posición y relaciones de los individuos y de las clases. Supónganse las mudanzas que se quieran, y difícilmente se imaginará ninguna ni con respecto á la propiedad, ni á la organización del trabajo, ni á la distribución de sus productos, ni á la condición doméstica, ni al rango social, ni á la influencia política, que sea de mas importancia y magnitud que las verificadas en los tiempos que nos han precedido. La *transición* ha existido antes como existe ahora; las naciones europeas han *pasado* incesantemente por diferentes estados, ó dejando completamente el que tenían, ó modificándole de mil maneras hasta trasformarle en otro que en nada se le parecia.

Yo desearia, mi estimado amigo, que V. anduviese haciendo suposiciones hasta las mas arbitrarias y caprichosas, y las cotejase con los hechos históricos que nadie ignora; y estoy seguro que se quedaria V. convencido de la verdad de lo que acabo de establecer. ¿Se quiere suponer que las clases menesterosas saldrán del abatimiento en que se hallan, acercándose mucho á las medias, y aun á las superiores? Véase si los jornaleros de ahora distan mas de sus dueños, que los esclavos de sus amos, y los vasallos de sus señores; es cierto que nó; y sin embargo, ni rastro queda en Europa de la antigua esclavitud, y solo se conservan leves vestigios del vasallaje, y los descendientes de los que vivian sometidos á estas condiciones, se hallan en la misma categoría que los nietos de aquellos que un día se vieran colocados á inmensa distancia, así por lo tocante á riquezas, como á honores, consideraciones, y todo linaje de distinción y poderío. ¿Se quiere suponer que la propiedad sufrirá modificaciones profundas, que su distribución estará sometida á leyes muy diferentes? Compá-

rense los siglos medios con el nuestro, parangónese, por ejemplo, la Francia de Carlo-Magno con la Francia de Napoleón, la de San Luis con la de Luis Felipe. ¿Se quiere imaginar una nueva organización del trabajo, sujetando á otras reglas al operario y al capitalista, alterando notablemente sus relaciones, y variando las bases actuales sobre la repartición de los productos? Comparad al colono de ahora con el vasallo del señor feudal, al jornalero de nuestros tiempos con el esclavo de los tiempos antiguos. ¿La industria y el comercio, deben estar en el porvenir sujetos á nuevas leyes que alterarán la organización interior de los pueblos y sus relaciones en lo exterior? Abrid nuestros códigos de comercio, dad una ojeada á nuestros usos y costumbres sobre este particular, y cotejadlo todo con lo que estaba en práctica entre nuestros mayores. Por vasta que sea la escala en que estos ramos se desenvuelvan, por mayor pujanza y poderío que lleguen á adquirir, ¿distarán mas del estado actual que el que dista este del en que se encontraban cuando la Iglesia en sus concilios atendía paternalmente á la protección del naciente tráfico mercantil? Las poderosas compañías comerciales de Francia, de Bélgica, de Alemania, de Inglaterra, de los Estados-Unidos ¿no le parece á V. que distan algo de aquellas caravanas de mercaderes, cuya seguridad en los caminos podian afianzar á duras penas las excomuniones de la Iglesia? ¿No le parece á V. que en esto ha habido no pequeña *transición*?

¿Y qué no podríamos decir, si atendiéramos á las mudanzas sociales y políticas, á la diversidad de posiciones que respectivamente han perdido ó conquistado las diferentes clases? Un abismo tan profundo nos separa de nuestros antepasados, que si ellos se levantaran del sepulcro, nada comprenderian de lo que estamos presenciando. ¿Dónde está el poder del feudalismo, de la nobleza y del clero? ¿Qué se hicieron las prerogativas, los privilegios, los honores que disfrutaban? ¿En qué se parecen los tronos de ahora á los tronos de entonces? ¿Qué

tienen de semejante nuestras formas de gobierno con las antiguas? ¿Qué nuestra administracion? ¿qué nuestros sistemas de hacienda? ¿qué nuestras guerras, y nuestra diplomacia? Pensamos de otra manera, sentimos de otra manera, obramos de otra manera, vivimos de otra manera; nuestra condicion así particular como pública se ha cambiado tan completamente, que para comprender lo que fué, nos vemos precisados á hacer un esfuerzo de imaginacion, la que sin embargo solo es bastante para ofrecernos cuadros muy imperfectos y descoloridos. ¿Por qué nos parecen tan poéticos aquellos tiempos, mi estimado amigo? ¿por qué figuran tanto en nuestra literatura? porque distan inmensamente de la realidad que tenemos á la vista.

Quiero yo inferir de aquí, que cuando se nos anuncian grandes mudanzas en la organizacion de los pueblos, no debemos resistirnos á crearlas por la sola razon de que nos parezcan muy extrañas; porque si bien se observa, la sociedad actual no dista menos de las anteriores de lo que distaria de la presente la venidera, en las varias combinaciones que se pueden concebir y ensayar. La inestabilidad es uno de los caracteres distintivos de las cosas humanas; y poco ha reflexionado sobre la naturaleza del hombre, poco se ha aprovechado de las lecciones de la historia y de la experiencia, quien pronostica demasiada duracion á lo que de suyo es tan flaco y deleznable. Que la sociedad esté bajo un poder revolucionario ó conservador, que se procure impulsarla ó detenerla, ella varia siempre, pasa sin cesar de un estado á otro, ora mejor, ora peor.

Esta alternativa entre mejor y peor, me lleva, mi querido amigo, á otra cuestion, á que segun se deja entender es V. un poco aficionado, como no puede menos de serlo, atendido el espíritu de nuestra época. Dicese á cada paso, que el progreso es la ley de las sociedades; que no se desvian jamás de ella, y que en medio de las mas terribles revoluciones y catástrofes camina la humanidad hácia un destino, que no sabiéndose cuál es, se tiene cuidado de envolverle con un velo dorado. No seré yo quien

desaliente el movimiento de la humanidad, disipando lisonjeras esperanzas; bien que tampoco puedo consentir que se establezca con demasiada generalidad y sin las correspondientes aclaraciones, una proposicion que segun como se entiende, se halla en contradiccion con la filosofía, la historia y la experiencia.

Es muy frecuente hablar de perfeccion, de perfectibilidad, de ley de progreso, sin distinguir nada, sin fijar nada, sin expresar si se trata de las sociedades tomadas en particular ó en conjunto; es decir, sin determinar si la ley cuya existencia se afirma, rige en toda sociedad, ó tan solamente es propia del género humano, considerado con abstraccion de esta ó aquella de sus partes. A los que digan que el progreso hácia la perfeccion es la ley constante de toda sociedad, yo me atreveré á preguntarles, ¿cuál es el progreso que se descubrió en el norte de Africa, en las costas de Asia, comparado su estado actual con el que tenían cuando nos daban hombres como Tertuliano, san Cipriano, san Agustin, Filon, Josefo, Orígenes, san Clemente, y otros que sería largo enumerar?

Esto no tiene réplica; así como por otra parte nada prueba contra los que afirman que si bien esta ó aquella sociedad decae, la humanidad progresa, que la civilizacion trasmigra, que unos pueblos adquieren lo que otros pierden, y que de esta suerte existe una verdadera compensacion. Así por ejemplo en el caso presente, se ha resarcido é indemnizado la humanidad de sus pérdidas en África y en Asia, con el inmenso desarrollo que ha logrado en Europa y América; pues si se contaran los millones de hombres que viven actualmente bajo un régimen civilizado, sería incomparablemente mayor el número á lo que era entonces; y si se añaden las ventajas que la civilizacion moderna lleva á la antigua, no solo por traer consigo un mayor y mas perfecto desarrollo intelectual y moral, sino tambien por ofrecer mayor suma de comodidades materiales, y disminuir sobre manera los males que afligen á la triste humanidad, será tanta y tan palpable la